

Perry Anderson

**Imperium et consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos**

Madrid: Akal, 2014, 250 pp.

Si hubiese que decantarse por una palabra clave, que encapsulase el propósito de los dos ensayos que conforman el volumen, ésta sería, muy probablemente: hegemonía. De ello trata el libro: del modo en que ésta se ha concebido y puesto en práctica por los sucesivos gobiernos norteamericanos, desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad, a lo largo y ancho del planeta.

Conocida es la honda raigambre de la convicción estadounidense, en cuya virtud la Unión debe cumplir con una misión: extender la libertad por el orbe. El suyo no es un cometido fungible, sino insustituible: el liderazgo de tal proceso expansivo. Al ser la nación elegida, su yugo viene impuesto desde arriba. Se trata de concretar un destino sublime y, por ello, de enfrentarse a las fuerzas del mal, que maquinan acechanzas sin tregua. Desde luego, la cosmogonía norteamericana es marcial. Y, como era de prever, siempre que la batalla lo ha requerido, ha traído consigo dolor, en dosis enormes, en consonancia con la grandeza del reto.

Esta misión tiene sus intérpretes, sus oráculos. Ciertas cuestiones no se conjugan bien con el poder del pueblo y sus recurrentes rivalidades. De fronteras adentro, la voz del soberano enronquece a base de gritos electorales. Pero, tratándose de asuntos cancillerescos —finanzas, industria y energía—, se impone el consenso entre las élites nacionales. Ante los grandes intereses, palidecen las diferencias entre demócratas y republicanos. En la mayor democracia del globo, en lo que atañe al orden exterior, también *se escribe recto con renglones torcidos...*

La presidencia de Woodrow Wilson (1913-1921) expresó como nadie la carga mesiánica del ideal norteamericano. Desde su punto de vista, una suerte de hilo de oro hilvanaba la religión, el capitalismo, la democracia, la paz y el poder norteamericano. Pero, con el *crack* de Wall Street y el mandato de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), llegó a su fin la prehistoria imperial. A partir de entonces, libre comercio y relaciones exteriores quedaron unidas, como nunca antes lo habían estado. El mundo debía convertirse en un lugar seguro para el capitalismo

y el dominio de Estados Unidos había de ser absoluto. No se trataba de establecer equilibrio alguno, sino de alcanzar la hegemonía mundial.

La Guerra Fría —trama secundaria de un proyecto norteamericano de mayor alcance— se atuvo a esa precisa pauta. El bienio 1945-1947 resultó crucial. Por entonces, la Doctrina Truman quedó acuñada y puesta en funcionamiento. Estaría en vigor durante décadas. El fin no fue nunca la contención de la Unión Soviética, sino su completa y cabal eliminación. La *seguridad nacional* se argüía como paradigma ideológico. Su funcionalidad se mostró óptima al objeto de colmar la eventual brecha entre la población y las élites norteamericanas. Estando la nación amenazada, nada se escatimó.

En la Europa industrial avanzada, no hubo demasiados problemas en lograr los objetivos propuestos; primero, el Plan Marshall gozó de un enorme impacto ideológico; después, se patrocinó el proceso de integración económica. En la periferia mediterránea —Grecia e Italia—, las cosas discurrieron, en cambio, con mayor aspereza. Allí, la resistencia comunista fue o masacrada o neutralizada electoralmente. La democracia no era la prioridad, sino —eufemismos mediante— el orden imperial capitalista. Esta regla se mostró aún con mayor claridad en otras latitudes, donde el *mundo libre* era compatible con las dictaduras; pues la libertad no era de los ciudadanos, sino de los capitales. Por supuesto, los métodos empleados nunca se juzgaron por su pulcritud. Sobre Indochina se lanzaron explosivos equivalentes a doscientas bombas atómicas y el conflicto se saldó con dos o tres millones de muertos y una estrepitosa derrota. En Indonesia se masacró a los militantes del partido comunista más grande del mundo y, esta vez sí, se cantó victoria. En Oriente Medio, el autoconferido derecho preferencial norteamericano a los recursos petrolíferos mundiales sobrevoló, desde el final de la II Guerra Mundial, por encima de cualquier otro vector político; primero se doblegó a los británicos en Arabia, Irán e Irak; y más tarde, Israel y Egipto quedaron subordinados. En África, se puso la primera piedra de la instrumentalización de la ONU al servicio de la voluntad norteamericana —la ejecución de Lumumba en el Congo—. Por su parte, en América Latina se ensayaron todo tipo de medidas represivas ante el menor atisbo de alternativa ideológica.

Cuando, a principios de los setenta, el interés nacional quedó en entredicho, se recalibraron, sin remilgos, los principios y las reglas. La competencia entre las economías capitalistas no debía debilitar la hegemonía imperial. El mandato de Richard Nixon (1969-1974) lo mostró a las claras. Bretton Woods y su patrón oro quedaron arrumbados, de un día para otro y ante el pasmo de los socios. Los

aranceles se alzaron de nuevo. Los salarios y precios se congelaron. Y el presidente viajó a Moscú y a Pekín, con acuerdos debajo del brazo. Este bagaje estratégico se consolidó durante las presidencias de Jimmy Carter (1977-1981) y Ronald Reagan (1981-1989). El primero integró a China en el orbe capitalista y la convirtió en su principal aliado en el sudeste asiático —el inicio de relaciones diplomáticas, en 1979—. El segundo doblegó a Japón y a Alemania —los *Acuerdos del Plaza*, en 1985— y finiquitó a la Unión Soviética —la costosísima *Iniciativa de Defensa Estratégica*—. El socialismo soviético había perdido la guerra; había quedado atrás en PNB, renta per cápita y productividad laboral.

Una única superpotencia se enseñorea del mundo desde entonces. Nunca antes había sucedido algo parecido. El Consenso de Washington se impone sin alternativa. Riqueza, fuerza y libertad fundan un liderazgo sólo impugnado, vistosa pero débilmente, por el terrorismo islámico, incapaz de concitar amplios consensos. La soledad en la atalaya del poder se recubre, cada vez más densamente, con una bruma de secretismo y silencio. Desde allí, los rayos del Olimpo presidencial fulminan en forma de drones. Los virus, cual peste virtual, se extienden, en convenida dirección, a través de la red. La CIA —un ejército privado a disposición del despacho oval— crece sin freno. Los mecanismos del ejecutivo roen los principios republicanos invalidando las leyes del Congreso. El poder y la violencia se amplían peligrosamente sin que nadie parezca capaz de frenarlos.

¿Qué dicen sobre todo ello los principales estrategas norteamericanos? Al análisis de esta cuestión se dedica el segundo de los ensayos: *consilium*. Existe un común denominador en todas las reflexiones: la supremacía debe ser reparada... En lo que se refiere a la esfera interior, las recetas propuestas resultan muy parecidas: desigualdad, educación, sanidad, infraestructuras, energía, I+D, regulación financiera, derechos sociales, desequilibrio presupuestario, polarización política. Pese a la profusión de recomendaciones, éstas adolecen de una marcada superficialidad. No existe una línea de investigación sólida que abunde, desde la perspectiva de las relaciones internacionales, en las causas endógenas de la decadencia norteamericana. Esta cuestión sólo parece concitar el interés de los historiadores de la economía —Brenner, Duncan, Duménil, y Levi, Aglietta—, de la que los estrategas parecen ayunos.

En lo que atañe a la dimensión exterior del problema, es mayoritario el criterio según el cual la expansión de la democracia resulta prescindible —Kupchan, Barnett, Brzezinski, Art, Mandelbaum—. También resulta pacífica la idea de que los principales focos de tensión global se concentran en Rusia y China, si bien

existen marcadas diferencias en cuanto al modo de abordarlos. Acerca de esta cuestión —el ingenio, la creatividad—, a Anderson le resulta llamativo el carácter fantasioso de las principales teorías en boga. Casi todas parten de una premisa: el imperio no debe contraerse, sino ajustarse. Sólo al margen de los influyentes mentideros estratégicos encuentra el autor las verdaderas fuentes de realismo, aquel que contempla la realidad sin engañarse y la describe sin eufemismos. En este ámbito disidente, se ubican los nombres que le merecen una mayor honra: Johnson, Bacevich, Layne, Calleo, Kolko y Chomsky. Estos inconformistas apuestan por desmantelar el imperio.

Ramon Aznar i Garcia

Universitat Internacional de València-VIU